

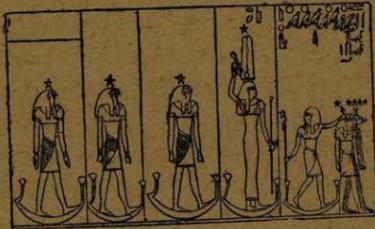
garantizó durante largos siglos, el dominio sobre todas las cercanías. Atrayéronlos las minas de Cerdeña, y construyeron á Caralis, Tharros, y Sulci en los lugares más favorables. El triángulo de Africa que avanza al encuentro de Sicilia, ofrecía grandes salidas á su comercio, y les prodigaba muchas primeras materias, como marfil, maderas raras, especias, y metales preciosos, que necesitaban sus fábricas: por eso se apoderaron de él.



Estatua de un escriba egipcio.

Una tradición, desgraciadamente algo vaga, hacía remontar al siglo XII antes de nuestra Era, la fundación de Utica, el más antiguo de sus puertos en aquella costa. Otras ciudades como las dos Hippo, Hadrumete, Septis y, tal vez, Cartago, no tardaron en surgir cerca de Utica. Si hemos de creer lo que se contaba en tiempo de Salustio, sus progresos se debían á la presencia de razas emparentadas con la suya. Bien sea cuando la invasión de los Pastores, ó cuando llegaron á Egipto las naciones del mar, gentes de origen asiático debieron de andar por Libia, más allá de las Sirtes, y poblar la Bizacena. Una tradición judeo-cristiana se enlazó más adelante con la fenicia, suponiendo que los cananeos, expulsados por los hebreos de la tierra de Promisión, empezaron por retirarse á Fenicia, y luego fueron á Africa. Entre estos fugitivos se citaba en el siglo VI á los gírgaseos. La verdad es que los colonos diseminados por la costa explotaron con regularidad el interior en beneficio de la madre patria. Cuanto produce el Africa Occidental, cuanto traen del Sudán las caravanas, afluyó á los bazares de Sidón y Tiro.

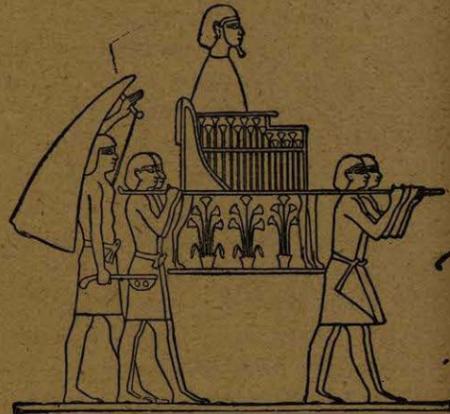
Los filisteos, atacando á los fenicios, tenían,



Los planetas de la astronomía egipcia guiados por Orión y Sothis.

pues, forzosamente que ganar algo. Una de sus escuadras, salida de Ascalón, destruyó á la armada sidonia y se apoderó de Sidón á

finis del siglo XII antes de nuestra Era. Los habitantes que se salvaron del desastre se refugiaron en Tiro y esto fué durante mucho tiempo el Estado más próspero de Fenicia. En tierra no fueron menos afortunados los filisteos. Al principio se contentaron con rechazar á los hebreos. Dan, escarmentado por aquéllos, cuando quiso invadir su llanura, emigró en parte hacia el Norte, y Judá no se atrevió á pasar el límite de sus montañas. No se sabe cuándo lucharon los filisteos por primera vez con los hijos de José. Indudablemente, el deseo de poseer las etapas principales de la vía comercial que llevaba de Egipto á Damasco y á la Siria del Norte, los impulsó á dirigir sus incursiones contra la montaña de Efraín y el valle de Kishon. Los clanes danitas, acampados en las avanzadas de Israel, les hicieron cara valientemente, á veces con próspero éxito, y sus



Un nomarca egipcio conducido en litera. Detrás el escudero llevando su escudo y el hacha de combate.

repetidas proezas dieron origen, dos ó tres siglos después, á la leyenda de Sansón. Sin embargo, estas proezas acabaron con desastres. En Siloh (Efraín) había una familia sacerdotal consagrada al cuidado de un tabernáculo misterioso llamado el Arca de Jehovah, dios de los ejércitos. Era un cofre ó especie de barca sagrada, análoga á la utilizada por los sacerdotes egipcios para transportar á Amón. Contenía dos piedras, imágenes de Jehovah, en las cuales se supuso más adelante que estaba escrita la ley. El sacerdote del arca, Elí, sin ser juez, con el mismo título que los demás héroes, ejercía una gran influencia en todo Israel, y se le consultaba en los negocios públicos. Los hebreos, atacados por los filisteos, recurrieron á él, que les confió el arca para

llevarla á la batalla, como prenda de la protección divina. Su esperanza se frustró al primer encuentro. Fueron vencidos, á pesar del arca, y perecieron en la derrota Khofní y Pinehas, hijos de Elí. Un benjaminista que pudo salvarse fué á Siloh, á comunicar la infausta nueva, y Elí, al saberla, se cayó de espaldas y se desnucó, según cuenta el libro de Samuel. Efraín dobló la cerviz, como lo había hecho Judá. Los filisteos pusieron guarnición en varias ciudades, y reinaron sobre la mitad, lo menos, del pueblo de Israel.

## CAPITULO VIII

### El reino hebreo.

Comienzos de la monarquía judía: Saúl. David y Salomón.—Las religiones de Canaán y de Israel. El cisma de las diez tribus.—Israel y Judá hasta el advenimiento de Omri.—Dinastía egipcia XXI.—Sheshuk I.—Principios del reino de Damasco.

El dominio de los filisteos duró medio siglo. La tradición quiso luego amenguar su longitud, ó á lo menos, intercalar victorias israelitas. Samuel, hijo de Elkanah, se había consagrado desde la infancia al culto de Jehovah. Vestido con un éfodo de lino y una capita sirvió al Eterno en presencia de Elí, hasta que le animó la inspiración divina. Veinte años después de muerto Elí, creyó Samuel llegada la ocasión de sacudir el yugo filisteo. Exhortó al pueblo á rechazar á los Baalim y le convocó en Mizpah para confesar sus pecados ante Jehovah. Los filisteos, alarmados por esta reunión, que no les parecía favorable á su autoridad, se apercibieron contra los israelitas, que tuvieron miedo; pero habiendo ofrecido Samuel en holocausto á Jehovah un cordero lechal, empezó á tronar, y los filisteos, sobrecogidos de pánico, huyeron á su territorio. Cogió entonces Samuel una piedra y la colocó entre Mizpah y la roca, llamó á aquel lugar Ebenezer, y dijo que el Señor los había auxiliado en aquel sitio. Aprovechándose de la victoria, venció á los tirios y á los amorreos y reconquistó las ciudades perdidas. Fijó luego su residencia en Rama, su ciudad natal, donde construyó un altar, y

de la cual salía de cuando en cuando para ir á Betel, Guilgal y Mizpah, donde presidía las reuniones populares y «juzgaba á Israel». Así lo cuenta la tradición sacerdotal, pero otra, más aproximada á la verdad, pinta á Israel con colores menos brillantes, y relata que los filisteos habían desarmado á los vencidos por temor á un desquite. Los hebreos no conservaban en virtud de esta orden ni un solo herrero entre ellos, y tenían que afilar sus herramientas de labranza en los herreros filisteos. Una vez bajaron todos juntos con sus herramientas para afilarlas, y se valieron de esta estratagema para caer sobre sus enemigos y vencerlos. El bien salió del exceso del mal. Una primera vez, la invasión de los amonitas originó la monarquía efímera de Jerubaal y Abimelek. La tiranía filisteo obligó á los hebreos á buscar el remedio de sus males en la unión de sus recursos en manos de un solo hombre. Pero como á la sazón el peligro era más apremiante, más vigoroso fué el esfuerzo, y proporcionado á éste el resultado. El cetro de Abimelek, mandaba sólo en dos ó tres clanes; el reino de Saúl fué sobre toda la nación.

Benjamín, que era la menor, y la más belicosa de las tribus, aparecía como una vanguardia acampada en la frontera meridional de Efraím. Su dominio alcanzaba á algunas poblaciones pequeñas, como Rama, Mikmas, Gibeá, Anatot, Nob, aisladas de Judá por la fortaleza cananea de Jebus. Giber y Mikmas estaban en poder de los filisteos desde la muerte de Elí. La vida religiosa era intensa en aquella frontera, siempre en peligro. Los sacerdotes del templo de Siloh se habían refugiado en Nob desde la catástrofe de Aphek. Samuel residía en Rama y de allí salía, como hemos dicho, para otras poblaciones. Allí le pone en contacto la tradición con Saúl. Este y su hijo Jonatán eran jefes de una de las familias menos importantes de Benjamín, y á la cabeza de una tropa poco numerosa, pero aguerrida, sorprendieron un puesto de filisteos en Giber, y vencieron á la guarnición de Mikmas que había ido á socorrerlo. Benjamín recuperó la independencia, y el jefe que tan bien la había guiado adquirió renombre en Israel. Proclamado rey, residió en Giber, pero su autoridad se propagó á Galaad y á Judá. Las naciones vecinas, acostumbradas á oprimir á los hebreos, fueron derrotadas y oprimidas á su vez. Guerrero Saúl

contra moabitas, amonitas, edomitas y filisteos, y á todos los venció, librando de su yugo á Israel.

Los hábitos de aislamiento eran muy inveterados entre los hebreos para que no encontrara la monarquía oposición violenta á lo menos, en varias tribus. Judá no había intervenido hasta entonces en la vida nacional. Perdida en medio de los cananeos, el fondo hebraico de su raza no había logrado asimilarse aquel elemento extranjero. Había sido conquistada muy pronto por los filisteos y seguía sometida á ellos, á pesar de los esfuerzos de Benjamín, pero algunos de sus jefes se habían puesto á las órdenes de Saúl. Entre aquellos aventureros estaba David, hijo de Ishai, nacido en Belén. David es el primer héroe judío, el fundador verdadero del reino de Judá, y la imaginación sacerdotal tomó gran vuelo al hablar de él. Decía que el viejo Samuel, descontento de Saúl, fué á Belén so pretexto de hacer un sacrificio, pero en realidad para consagrar misteriosamente á David. Llamado éste á la corte para distraer al rey de la melancolía que le aquejaba, llegó á ser el favorito de Saúl y el mejor amigo de Jonatán, y luego sus proezas en la guerra contra los filisteos llamaron la atención del pueblo. Despertóse la envidia de Saúl, y arrojándose enfurecido en una ocasión contra David, quiso matarlo de un lanzazo, pero, recobrada la calma, le confió el mando de un ejército y lo casó con Mikal, su segunda hija. Salvado varias veces por su mujer, por su cuñado Jonatán y por el gran sacerdote Akhimelek, se retiró á la corte de Akhis, rey de Gat. Lo único cierto de todo este relato bíblico, es que David, después de haber llevado una vida de aventuras al servicio de Benjamín, se declaró vasallo de los filisteos, que le dieron en recompensa la población de Ziklag.

Los filisteos no podían renunciar de pronto á la provechosa soberanía que habían ejercido en la Siria Meridional. Seguros de la neutralidad de Judá y de los clanes meridionales, atacaron á las tribus del centro y maniobraron para limpiar el camino de las caravanas, cuyo paso les impedía el estar ocupado el Tabor por los hebreos. Saúl los aguardó en el llano de Jerécel, al pie de los montes de Gelboe, pero fué batido y muerto como su hijo Jonatán. Los vencedores le cortaron la cabeza y colgaron el tronco de una muralla de Berhsheán, de la cual lo saca-

ron los habitantes de Jabah para tritutarle los últimos honores. La leyenda bíblica no se resignó á dar motivos puramente humanos á esta catástrofe en que desapareció el primer rey y la explicó diciendo que maldecido por Samuel, salió Saúl para la guerra con tristes presentimientos. La víspera del combate había consultado á una maga de Endor, rogándole que evocara la sombra del Profeta Samuel. Este apareció, tapándose la cara con el manto, y repitió, muerto, las maldiciones que en vida había dirigido á Saúl, anunciándole su derrota y muerte para el siguiente día. Sabedor David del desastre, rompió en sollozos y exhaló su dolor en una hermosa elegía.

El triunfo de los filisteos era completo.



Filisteos prisioneros de los egipcios.

Todo Israel al Occidente del Jordán se inclinó ante ellos. Los restos del ejército, mandados por Abner, se refugiaron en Galaad, aclamando á Ishbaal, hijo de Saúl. Benjamín y Gibeá estaban en poder del enemigo; Ishbaal quiso residir en Makhanaim, antiquísimo santuario de la nación. La elección de un hijo de Saúl excitó la envidia de otras tribus. Judá y los clanes vecinos proclamaron á David. Las hostilidades entre los dos pretendientes se rompieron en Gibeon con resultado indeciso y duraron siete años con variado éxito. Quizá habrían acabado mal para Judá, si Abner, gravemente insultado por Ishbaal, no lo hubiera abandonado. Ishbaal fué asesinado por dos soldados suyos, y David se quedó sin rival. Los representantes de las familias que habían sostenido á la estirpe de Saúl se reunieron en Siquem y lo proclamaron rey. Desaparecieron con esto las antiguas divisiones y llegó el momento en que las tribus todas, unidas en un solo haz, formaran una masa. Los cronistas de los últimos tiempos, que conocían por experiencia las ventajas de la concentración de todos los poderes en mano de un rey, imagi-

naron que el advenimiento definitivo de la realeza se había verificado con imponente ceremonial, suponiendo, que formadas las tribus en Hebrón, habían proclamado rey á David y celebrado un gran banquete que duró tres días.

Hebrón, situada en el centro de Judá, era la capital de esta tribu, pero no la de un reino que representara á todo Israel. David buscó residencia menos apartada, y eligió la fortaleza cananea de Jebus, que interceptaba las comunicaciones entre los hebreos meridionales y la casa de José. Un asalto vigoroso dirigido por Joab puso en su poder esta ciudad, que al cambiar de amo cambió de nombre y se llamó Jerusalén. David se apresuró á ponerla en estado de defensa, y abandonando Moriah al pueblo, conservó á Sión y fortificó á Millo, pero sin encerrar los tres puntos en un recinto continuo. Más adelante, cuando el próspero éxito de sus primeras guerras le dejó algunos momentos de descanso, construyó un palacio de cedro y cantería, auxiliado por obreros tirios. Llevó, desde luego, allí, un arca célebre de Jehovah, la misma que se decía haber sido robada por los filisteos en el campo de batalla de Aphek y la colocó en la colina de Sión, porque tenía que estar en la capital, no sólo administrativa, sino religiosa, del país. Bueno era el sitio, porque Jerusalén coronaba una eminencia rodeada al Sur, al Este y la Oeste, por el lecho del Cedrón y la garganta de Hinnom, limitada al Norte por una leve depresión del terreno. Colocada en el cruce de los caminos que de Joppé van al Jordán, y del desierto á Siria, dominaba la mayor parte del terreno donde vivían los hebreos. David podía bajar de su castillo real por Jericó al valle del Jordán, y lanzarse sobre Galaad, ó por Bethoron sobre la llanura marítima, subiendo hasta Galilea. Zabulón, Asher y Neftalí estaban todavía demasiado lejos de él, pero eran tribus de segundo orden, sin valor político. Para dominar tenía siempre cerca de él á Efraín y Judá, á lo cual se prestaba Jerusalén admirablemente.

Mientras vivió Ishbaal, no habían denunciado la tregua los filisteos, cuya tranquilidad estaba asegurada por las discordias entre judíos. Pero la reunión de las doce tribus les causó gran inquietud, y trataron de disolverla antes que el nuevo rey pudiera afirmar el orden y organizar

un ejército regular. Invadieron á Judá, amenazaron á Jerusalén y sitiaron á Belén, pero todo en vano. David los derrotó dos veces, los persiguió desde Gabaón hasta Guezer y los atacó hasta en su propio territorio. La lucha empeñada en la frontera, duró bastante, antes de producir resultado. Durante varios años, hubo incursiones, escaramuzas y pillajes incesantes por una y otra parte. David no descansaba. Un día se arriesgó tanto en la pelea, que costó trabajo á Abishai sacarlo sano y salvo, y sus compañeros le prohibieron asistir desde entonces á las batallas. Llevaba siempre consigo seiscientos soldados escogidos (*gibborins*) reclutados entre hebreos y extranjeros, filisteos, cretenses, cananeos é hittitas. Este era el núcleo de su guardia, y sus jefes Joab y Abishai, Eleazar, hijo de Dodo, Elkhanaan de Belén, Jonatán y Beniah, fueron siempre populares en Israel. Contábanse, siglos después de su muerte, hazañas prodigiosas de ellos, como la de Jabosokham, que mató en un combate á 300 enemigos, y otras semejantes. Cansados los filisteos de su mala fortuna, se resignaron á la paz. Gath y los pueblos de su jurisdicción quedaron en poder de los israelitas, pero las otras cuatro ciudades ni siquiera se vieron obligadas á un tributo regular. Su poderío militar sobrevivió poco á este fracaso, y murió tan súbitamente como había nacido.

El buen resultado de aquella prolongada aventura hizo que David se aficionara á los triunfos; su reino se desarrolló en todos los puntos á la vez con la rapidez habitual en las monarquías orientales. Moab fué la primera en caer: los dos tercios de la población fueron pasados fríamente á cuchillo, y el otro se sometió. Al Norte encontraron los hebreos enemigos más formidables. Siria estaba fraccionada, como en tiempo de los egipcios, en los reinos rivales de Damasco, Maakha, Rohob, Zohab y Hamath. El príncipe de Zohab, llamado Hadedeser, los venció á todos, pero la fundación de un Estado único en el valle del Orontes no podía agradar á David, y atacó á Aram Zohab, cuando Hadedeser iba á recuperar sus fronteras en el Eufrates, alcanzando señalada victoria. Añade la tradición que se había anexionado á Damasco, recibiendo pleito homenaje de los demás régulos, pero no hay pruebas de ello. La derrota de Hadedeser no

sólo fué grata á los hebreos, sino también á muchos jefes sirios, alarmados por el carácter turbulento de aquél. Tras esta conquista vinieron otras. Desguarnecidos los territorios hebreos del Sur para recuperar á Zohab, aprovecharon los idumeos la ocasión de saquear á Judá; pero Joab y Abishai los derrotaron en el valle de la Sal, al Sur del Mar Muerto. Pereció el rey idumeo en el combate, y su hijo huyó, refugiándose en Egipto. Joab degolló á todos los varones é instaló guarniciones en Elath y en Eziongaber, junto á la punta oriental del Mar Rojo. David consagró el botín á Jehovah.

Algunos años de hábil política habían transformado á los hebreos en conquistadores. Su autoridad era respetada desde las orillas del Orontes hasta el límite de Egipto y las riberas del Mar Rojo. Moab, Edom y Amón dependían directamente de sus funcionarios; los filisteos abastecían de trigo y aceite la mesa real; Fenicia les ofrecía sus maderas preciosas y les prestaba sus artistas; Zoab, Hamoth y los Estados de Aramea les pagaban tributo. Su reino casi llegaba á ser un imperio, semejante á los de Egipto y Caldea, pero había nacido mal y era poco viable. Los tributarios seguían como en tiempo de los Faraones, sin renunciar á sus deseos de libertad. En el fondo de su alma, detestaban la soberanía de Israel y no anhelaban más que un pretexto cualquiera para acudir á las armas. Nahash, rey de los amonitas, murió, y David, al cual había protegido contra las persecuciones de Saúl, envió una embajada á su hijo Hanun. Este se figuró que los embajadores eran espías encargados de levantar el plano de su ciudad real y les mandó afeitár la mitad de la barba, cortar las ropas hasta la cintura y los expulsó ignominiosamente. Esta fué la señal de la guerra; entendiéronse los amonitas con Hadedezzer y sublevaron á Siria: los contingentes de Roob, Muhaká, Zob y Zobañ acudieron en su auxilio. Joab, que mandaba en ausencia de David, se encontró entre los amonitas y las tropas de socorro, dividió su ejército en dos cuerpos, conservó á sus órdenes el que hacía cara á los sirios, y confió el otro á su hermano Abishai. Derrotados los sirios, se desbandaron los amonitas, y Joab no creyó conveniente perseguirlos hasta su ciudad. Hadedezzer no se dió por vencido, reunió los soldados que le quedaban, y pidió refuerzos á los ara-

meos de allende el Eufrates. Entonces tomó David la ofensiva, atravesó el Jordán y llegó hasta cerca de Alam, donde Sobakh, general de Hadedezzer, aceptó la batalla. Los sirios fueron vencidos otra vez, Sobakh fué muerto en el combate y Hadedezzer, abandonado por sus aliados, imploró el perdón. Al año siguiente sitió Joab á Rabbah, y cuando ésta iba á ceder, llamó al rey al campamento para dejarle el honor de la rendición. Los amonitas fueron tratados con tanta dureza como los moabitas. La clemencia no era virtud de los hijos de Israel.

Siria había encontrado un dominador. Rechazados los asirios más allá del Eufrates por el desastre de Asumazirabal II, no pensaban ya en asaltarla, y Egipto gastaba los restos de su antigua energía en pendencias interiores. Las circunstancias eran propicias para reunir en un solo Estado á las naciones comprendidas entre el Eufrates y el Mar Rojo. La creación del reino de Israel no proporcionó á Siria la unidad que había necesitado para resistir con probabilidades favorables los ataques de sus dos poderosos vecinos. Los hebreos no eran tampoco un pueblo militar. Podían dejarse arrastrar al combate por un jefe audaz y producir un esfuerzo momentáneo que los sacara de su apatía, pero pronto cedían á sus naturales inclinaciones de agricultores ó nómadas, y renacían sus rivalidades de tribu. Dispuestos á excursiones rápidas, á algaradas en tierras vecinas, eran poco aficionados á las guerras largas que exigían una organización tan metódica como la de Egipto ó Asiria. Las expediciones de David, ó más bien, de su lugarteniente Joab, pues aquél casi nunca se presentaba en los campos de batalla extranjeros, no tuvieron más resultado que llevar á Israel botín, rebaños y esclavos. El vencido prometía el tributo y lo pagaba mientras subsistía el espanto causado por la derrota, pero á la primera ocasión suspendía el pago, y no se decidía á satisfacerlo hasta que sentía el temor de otro vencimiento. Mientras David ó los generales á quienes debía su grandeza pudieron reanudar la lucha, se sostuvo el poderío hebraico; en cuanto desaparecieron aquéllos, cesó éste.

David debió morir al ganar su última victoria, pero como la mayor parte de los soberanos orientales, vivió demasiado y murió entre

las desdichas que suelen entristecer el fin de un reinado largo. La etiqueta monárquica quería que al engrandecimiento de la fortuna de un príncipe creciera á compás el número de sus servidores y sus mujeres. David no se libró de esta ley: á las dos esposas que había tenido durante su destierro en Zikhlag, había añadido, sucesivamente, Maakha la Aramea, hija del rey de Gesur, y Kaggit, y Abital, y Eglá, y otras muchas. Durante el sitio de Rabbah había seducido á Bathsheba, mujer de Uriah el hittita, suprimiendo al marido que le molestaba. Reprendido severamente por el profeta Natán, se había arrepentido del crimen, pero conservando la querida. Estallaron riñas entre los hijos de tantas madres diferentes. Amón, hijo de Akhinoam, violó á su hermana Tamar, hija de Maakha; Absalón, hermano de Tamar, vengó aquella afrenta matando al criminal. Indultado por su padre, se rebeló luego contra él, llevando consigo á mucha gente. Sus vacilaciones en el momento crítico dieron tiempo á David para refugiarse más allá del Jordán, y la muchedumbre indisciplinada que iba con Absalón fué dispersada fácilmente por el ejército real. Absalón fué muerto por Joab. Parecía con esto ya sin objeto la guerra civil, pero la envidia de las tribus contra Judá la prolongó, hasta que terminó junto á Abel-Beth-Maakha al morir Sibah el benjaminita. David no tuvo ya que temer rebeliones, pero la elección de sucesor le originó muchas dificultades. Por orden natural, debía corresponder el trono á su cuarto hijo Adonijah, hijo de Kaggit, pero Bathsheba decidió al anciano rey á proclamar á Salomón en Jerusalén y á compartir el poder con él. Sobrevivió algún tiempo á esta asociación y murió á los setenta y un años, habiendo reinado cuarenta y uno.

La intriga de harém que había hecho rey á Salomón acabó con una matanza. Cuantos eran para su madre sospechosos de hostilidad ó indiferencia fueron degollados, hasta el mismo Joab. No fué substituído este victorioso capitán, porque Salomón no era belicoso, y no supo conservar intacto el dominio que su padre con tantos trabajos había adquirido. Para reducir á Guezer, cuyos habitantes, cananeos de origen, habían conservado su autonomía, tuvo que solicitar auxilio á los egipcios. Pidió en matrimonio á la hija del Fa-

raón, Psinakhés ó Pusenes II, que reinaba entonces en Egipto, y decidió á su suegro á intervenir. Los ingenieros egipcios tomaron pronto la ciudad, la desmantelaron y se la dieron á Salomón, como dote de su mujer. En los demás sitios sufrió fracasos. Hadad, hijo del rey de Edom, muerto en tiempo de David, volvió de Egipto, donde había estado oculto mucho tiempo, y sublevó á los idumeos contra Israel. Rezón, rey de Zoba, se apoderó de Damasco y fundó en la frontera septentrional un Estado militar, cuya enemistad fué peligrosa durante mucho tiempo para sus sucesores. Afortunadamente Moab y Amón permanecieron tranquilos, y Tiro, que pudo oponerse á Israel con ventaja, solicitó su alianza. Desde la caída de Sión se había convertido en metrópoli de Fenicia. Gobernada al principio por dos *sufetas*, tuvo después un rey llamado Abibaal poco más ó menos, al mismo tiempo que aclamaban los hebreos á David. Hírom I, hijo de Abibaal, siempre había estado en relaciones de amistad con su vecino y le había dado maderas y artistas fenicios para construir el palacio de Jerusalén. Siguió la misma política con Salomón y ganó con ello llevar á las colonias fenicias las fuerzas de que podía disponer.

Si no aficionado á batallas, era Salomón buen administrador. Reparó las fortificaciones de Mageddo y Hazor, fortificó á Guezer, las dos Bethtorón y Tamar para cubrir la frontera meridional. Rodeó á Jerusalén de murallas y edificó en ella muchos palacios, piscinas y pórticos. Como no podía sacar dinero de las guerras, abrumó con impuestos á los descendientes de los cananeos y obligó á los hebreos á prestaciones personales para conservar la casa real. El territorio de Israel cerraba el camino de Africa y dominaba á los dos grandes mercados del mundo, Egipto y Caldea. Además de los derechos de peaje que pagaban las caravanas en todo tiempo, se reservó Salomón el monopolio de varios productos egipcios, como el hilo, los carros y los caballos. El hilo egipcio, que era el más fino que se conocía en la antigüedad, era preferido por tintoreros y bordadores babilonios. Los carros, sólidos y ligeros á la vez, eran artículo de comercio preciadísimo en una época en que se usaban universalmente los carros de guerra. El ganado caballar importado por los Pasto-

res á orillas del Nilo, se había aclimatado y prosperaba, gracias al esmero de los Faraones y de los nobles. La mayor parte de las poblaciones del Bajo y Medio Egipto poseían remontas célebres, que abastecían á los príncipes sirios. Salomón decretó que él sería el único que serviría de mediador entre los extranjeros y el país de producción. No le bastó con aquéllo é imitando á los fenicios y, tal vez, instigado por ellos, pensó en sumar á las riquezas naturales de su reino los recursos del tráfico con las comarcas lejanas. Hirom le prestó obreros y marineros que equiparon una flota en Eziongafer y salieron hacia Ofir por el Mar Rojo. Volvieron á los tres años con oro, plata, marfil y piedras preciosas, maderas raras y animales curiosos, como pavos reales y monos. Los resultados del primer viaje originaron su repetición, y durante parte del reinado de Salomón, los hebreos estuvieron en relaciones regulares con los príncipes de la Arabia Meridional. No debió de ser mucha la ganancia en estas expediciones, pero su audacia impresionó las imaginaciones, y valió á Salomón más fama legendaria que las que dieron á David sus victorias.

Mayor renombre adquirió Salomón todavía por otro concepto. La ambición de los soberanos semitas fué siempre tener en su palacio, ó cerca, un santuario y un sacerdote que dependieran directamente del rey. Los jefes de tribus y clanes israelitas habían multiplicado los cultos domésticos. Jerubaaal había consagrado una imagen en Ofrah después de su victoria. David pensó edificar un templo en Jerusalén y Salomón llevó á cabo este proyecto. Mediante una contribución anual de aceite y trigo, Hirom se encargó de mandar obreros, ingenieros y maderas de construcción. El templo tenía la fachada principal á Oriente, y veinte codos de ancho, sesenta de largo y treinta de alto. Los muros eran de sillares grandes, el maderamen de cedro esculpido y dorado. Se entraba en él pasando bajo un pórtico (ulam) entre dos columnas de bronce cincelado, llamadas Yakin y Boaz. Dentro no había más que dos salas: el lugar santo (hekal) con el altar de los perfumes, los candelabros de siete brazos, la mesa de los panes de proposición y el santo de los santos (*debir*) donde el arca de Jehovah descansaba bajo las alas de dos querubines de madera dorada. La in-

experiencia de los hebreos en materia arquitectónica les hacía considerar á este templo como obra única, pero comparado con los edificios grandiosos de Egipto y Caldea, era como el reino judío respecto á los otros imperios del mundo antiguo: un templo pequeño para un pueblo pequeño.

Es difícil trazar un cuadro completo de lo que eran al principio las religiones de Canaán. Así como

el país estaba sometido á la influencia política de Caldea y Egipto, también había recibido la impresión de sus ideas religiosas. El dios-pez de Babilonia estaba en Ascalón, bajo la figura de Dagón. El nombre de la diosa Astarté y su representación debie-



Una familia hebrea implorando perdón.  
(Bajo relieve asirio).

ron de adoptarse de la Ishtar babilónica. Puede que se introdujeran cuando una parte de las tribus cananeas vivían á orillas del

Golfo Pérsico, en diario contacto con los habitantes de Caldea. Lo tomado de Egipto no puede ser anterior á la dinastía XVIII, pero modificó profundamente la fisonomía de ciertos mitos fenicios. La leyenda de Isis y Osiris emigró á Biblos y se mezcló con la de Adonis y Astarté. Thot, naturalizado fenicio, conservó en su patria nueva, su categoría de historiógrafo divino y de inventor de las letras. Hay que creer que este cruzamiento de tipos no fué obra de los fenicios solos, sino una especie de obra común en la cual colaboraron egipcios y semitas con igual actividad, á juzgar por el número de divinidades sirias adoradas en Memfis y Tebas en tiempo de los Ramesidas. El trabajo de fusión se verificó á orillas del Nilo lo mismo que al pie del Líbano, y todavía quedan los restos de una versión egipcia de la leyenda de Astarté. Trasplantados de los santuarios fenicios de Egipto á los de Asia, los mitos extraños se mezclaron tan bien con

los nacionales, que acabó por adaptarlos toda la nación.

Los cananeos, los fenicios, los edomitas, todos los pueblos de Siria cuyo origen semítico está probado, y cuantos como los khati y los filisteos se habían amalgamado con las tribus semitas, poseían una religión análoga á las caldeas y asirias. Pero en Babilonia, los conceptos creados por una casta sacerdotal poderosa, se habían coordinado, y componían un conjunto de dogmas completo. En Siria, siguieron mucho tiempo en estado flotante, y los dioses se repartieron el territorio como otros tantos príncipes feudales. Cada tribu, cada pueblo, cada ciudad tenía su señor (*Ador*), su amo, su Baal, designado á menudo con un título particular para distinguirlo de los amos ó Baalim de las naciones vecinas. Los dioses de Tiro y Sidón se llamaban Baal Sur y Baal Sidón. Los más adorados, que personificaban en su pureza el principio del fuego celestial, del sol creador y motor del universo, se llamaban *reyes* (*melek*, *molok*) de los dioses. Ignoramos, por desgracia, los nombres de muchos de ellos. Melkhart, el gran dios de Tiro, cuyo culto habían propagado en lontananza las colonias tirias, no era más que el Baal de la metrópoli y las inscripciones hablan de él como del «dios Melkhart, Baal de Tiro». Cada Baal estaba unido á una divinidad femenil que era la dueña (*baalat*) de la ciudad y la reina (*pilcat*) del cielo. Llevaba el nombre genérico de Astarté, pero unía con él á veces el del dios con quien estaba desposada. No es fácil definir el carácter de aquellas divinidades. Los Baalim son casi siempre encarnaciones de las fuerzas naturales, del sol ó de los astros: las Astartés presiden al amor, á la generación, á la guerra y, por lo tanto, á las varias estaciones del año. Dioses y diosas habitaban en la cumbre de las montañas, en los bosques, en las aguas; se revelaban á los mortales en las alturas y habitaban en los árboles, en los matorrales, en las piedras sin labrar, en los dólmenes, en los bloques en forma de columna.

La misma inclinación á reducir su número, observada en Egipto y en Caldea, prevaleció también en Siria. La muchedumbre de baalim y astartés secundarios tendió á resolverse en una sola pareja superior, Il é Ilat, Belo y Baalat, dejando á las demás parejas divinas sólo una apariencia de vida. Baal concebido

así, se llamaba Elmis, el dios por excelencia, dueño del cielo, del tiempo y de la eternidad. Era el sol, y su compañera la luna. En otro sistema mejor conocido por los griegos, representaban la clase creadora siete dioses, los Cabiros, hijos de Sydyk el Verídico, y se agrupaban alrededor de Eshmun, que los dominaba á todos. Su mito, popular en las ciudades comerciales, fué diseminado por los marinos en las costas mediterráneas, sobrevivió á la colonización fenicia y tuvo su santuario y misterios célebres en la isla de Samotracia hasta los últimos días del paganismo.

Los cultos cananeos implicaban gran cantidad de ceremonias sangrientas ó licenciosas, que no tienen semejanza en los cultos contemporáneos. Por una parte, los Baalim eran de temperamento hurano y envidioso, y reclamaban imperiosamente, no sólo la sangre de los animales, sino también la del hombre. En tiempo ordinario, éste se reducía á someterse á la circuncisión; en las circunstancias graves no bastaba esto, y el dios exigía la muerte del primogénito. En los casos de peligro público, el rey y los nobles ofrecían al dios todos los hijos exigidos por él. Se quemaban vivos en su presencia, y el olor de su carne apaciguaba la cólera divina. El canto de las flautas y el estruendo de las trompetas dominaba sus gritos de dolor y, para que la ofrenda fuera más eficaz, debía presenciar este horrible espectáculo la madre, impasible y en traje de fiesta. Las Astartés, menos crueles, no eran menos exigentes, y prescribían á sus sacerdotes la flagelación, las mutilaciones voluntarias y, á veces, la pérdida de la virilidad. Muchas no querían otros sacerdotes que sodomitas y cortesanas. Las fiestas más brillantes y escandalosas eran las celebradas cerca de Biblos en honor de la gran diosa. Dos veces al año, en primavera y en otoño, acudían los peregrinos al santuario de Afaca ó al valle del río Adonis. En el solsticio de verano, los misterios á que asistían tenían un carácter fúnebre. La diosa se había prendado del señor de los señores, Adón Adonim, pero un rival celoso, escondido en el cuerpo de un jabalí horrible, mataba á su amante. La diosa lo sepultaba y toda Fenicia se asociaba á su pesar. En los catafalcos levantados en los templos y en los lugares altos, estatuas de madera pintada representaban al dios, á quien se velaba antes de llevar-

lo á la sepultura. Mujeres desgredadas ó con la cabeza afeitada, rotos los vestidos, golpeándose el pecho, arañándose la cara en señal de dolor, vagaban y se lamentaban por todas partes. El día señalado se enterraba el simulacro de dios con los ritos tradicionales y se preparaban los jardines de Adonis, especies de vasijas donde se secaban al sol ramas verdes, plantadas sin raíz. Pasaba el verano. En otoño, después de grandes lluvias, vertían los torrentes en el mar oleadas de agua rojiza, que á consecuencia de la dirección del viento, perpendicular á la ribera, se mezclaban muy lentamente con el agua del mar, y formaban, vistas oblicuamente, una faja roja á lo largo de las costas. Era la sangre de Adonis, y el dolor de los fieles se avivaba al verla. Durante siete días se lloraba mucho, pero al octavo, los sacerdotes anunciaban que el dios resucitado iba á unirse con su divina amante. En seguida estallaba un ruidoso júbilo y así como se había fingido una muerte y una inhumación, se representaban al natural las escenas de la resurrección. Las mujeres todas se afeitaban la cabeza, y si eran demasiado coquetas, para renunciar á su cabellera, se redimían de esta obligación entregándose á un extranjero, como la diosa se había entregado á su amante. El precio de esta entrega ingresaba en el tesoro sagrado.

La religión de Israel no difería mucho en sus orígenes de las demás religiones cananeas. Reconocía dioses de diversas naturalezas, dioses domésticos, particulares de cada familia, dioses de los astros y del cielo. El más importante se llamaba Jehovah. Este era el patrón de Israel en el mismo concepto que Melkhart lo era de Tiro. Como las divinidades cananeas, solía mostrarse más colérico que misericordioso, implacable para quienes le habían ofendido. Como ellas, elegía por emblemas imágenes (*efod*) de hombre, toro ó serpiente de metal ó madera, piedras sin labrar y columnas. Solía manifestarse á sus adoradores entre tempestades, como corresponde al dueño de la naturaleza. Su voz era el trueno; su soplo, el viento; su vestimenta, la luz. Al irritarse, cerraba los canales del cielo y detenía la lluvia; al apaciguarse, la dejaba caer y fecundaba los campos. Residía al principio en el Sinaí y en el Séir, pero después de la conquista, bajó á las ciudades, para expulsar de ellas á los dios

antiguos. Para justificar su usurpación, se recordó que sus santuarios habían sido venerados en otros tiempos por los héroes míticos de la raza. Se aficionó mucho Jehovah á estos lugares famosos por haber sido moradas de Abraham, Jacob, etc., pero no abandonó las montañas, desde las cuales daba sus oráculos y solicitaba el homenaje de los fieles. El culto recibido se parecía mucho al de los cananeos pero no era ni con mucho, tan sangriento ni licencioso. La circuncisión había librado al hombre de la obligación del sacrificio humano y á la ofrenda del primogénito substituyó la de un cordero, pero podía haber circunstancias en que se reclamara ó se aceptara una víctima humana. Jefe había consagrado á Jehovah la primera persona que encontrase al regresar después de la victoria, y le tocó esta mala suerte á su hija.

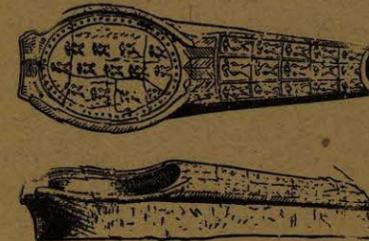
Antes de establecerse en el país de Canaán, los hebreos no habían celebrado más que fiestas de pastores, como la del esquilado de las ovejas. Los cananeos, labradores y viñadores, habían santificado con fiestas religiosas las siembras, recolecciones, vendimias y los principales acontecimientos agrícolas. Cada cual debía á su dios la posesión ó más bien el usufructo del terreno y le pagaba, como canon, las primicias de los productos. Los israelitas, dedicados al cultivo como los cananeos, los imitaron en sus ceremonias, después de quitarles los templos. Cada santuario tuvo sus panegirias ó fiestas locales, frecuentadas por las gentes de las tribus vecinas. El templo de Salomón no originó la desaparición de las capillas y fiestas locales, Salomón no lo había edificado con tal objeto: no quería más que tener su dios á la mano. Jehovah no era todavía exclusivista: se declaraba superior á sus rivales, pero reconocía su existencia y condescendía á darles asilo. En su templo albergaba á una Astarté con su colegio de sacerdotes y á una serpiente de cobre que curaba las enfermedades y las picaduras de animales venenosos. Los caballos y carros de Baal entraban solemnemente en sus patios, las cortesanas sagradas tejían para él las tiendas en que acogían á los parroquianos los días de fiesta; las plañideras lamentaban en su mismo templo la muerte de Tamuz-Adonis. Salomón erigió altares á Kamosh y al dios de los amonitas en el monte de las Olivas, y con mayor razón permitió que subsistieran los lugares san-

tos donde se había adorado al dios nacional después de la conquista. El único efecto serio de su obra fué transformar y realzar la condición de los sacerdotes. Hasta entonces había sido sacerdote de Israel el que había querido, es decir, que todo hebreo podía consagrar directamente la ofrenda, prescindiendo de mediador entre Dios y él. Unicamente para la práctica de la adivinación se exigía instrucción especial al sacerdocio. La imagen de Jehovah predecía el porvenir. Ya hemos visto que en Egipto las imágenes divinas respondían á las preguntas con inclinaciones de cabeza, y á veces de viva voz. No sabemos qué procedimientos empleaban los hebreos para interpretar la voluntad de su ídolo, pero el arte de interrogar á Jehovah era un secreto, que se aprendía con un noviciado bastante largo.

El sacerdocio, concretado á tales prácticas, no era, pues, un privilegio: los sacerdotes lo eran por vocación natural ó por voto de la familia. Había habido, no obstante, en los santos lugares, familias sujetas al dios, de padres á hijos, como la de Elí en Shiloh y la de Jonatán-ben-Gersom en Dan. La historia de esta última es muy significativa. Mikah, hebreo de la montaña de Efraín, por piedad y por especulación edificó en sus dominios una «casa de Dios» é instaló en ella una imagen de Jehovah, chapeada de plata, confiando su custodia á un hijo suyo. Bastaba con esto para la parte material del culto, para la ofrenda y el sacrificio, pero faltaba un profesional que se encargase de la función más lucrativa, ó sea la emisión de los oráculos. Pasó por allí Jonatán, levita de Judá, que iba á ejercer su ministerio, y Mikah le contrató mediante un sueldo anual, casa y comida. Un grupo de danitas que iba hacia el Norte hizo una consulta, y habiendo sido favorable la respuesta, raptó al ídolo y al celebrante, aunque éste intentó resistirse, pero acabaron con sus escrúpulos las amenazas y el ofrecimiento de ser sacerdote de una tribu de Israel, en vez de servir á un particular. Apoderados de Lais, allí colocaron los danitas la imagen, en un santuario cuya fama creció rápidamente. Mencionan los textos, además de los sacerdotes, á otros personajes santos, análogos á los existentes hoy en varias naciones del Islam, como videntes (*roc*) invadidos súbitamente por el espíritu divino, que les daba á conocer lo futu-

ro, y profetas (*nabi*) que vivían aislados ó juntos, y lograban la visión del porvenir después de largas mortificaciones. Sus sesiones se celebraban con música y cantos, como la de los derviches modernos, y en ellas se apoderaba la exaltación de profetas y circuntantes. También Baal tenía sus profetas, cuya influencia no era menor que la de los anteriores.

El advenimiento de la monarquía y la concentración de la fuerzas políticas de la nación se reflejaron en las instituciones religiosas y en la organización del sacerdocio. El dios del soberano y el templo en que residía tuvieron gran importancia en todas las monarquías orientales, y así ocurrió en Israel. Saúl, el más independiente de los reyes, aceptó á principios de su reinado los buenos oficios de un



Fétretos fenicios.

sacerdote de la casa de Elí, y tuvo su templo en Nob, pueblo de la tribu de Benjamín. En tiempo de David, Abiathar representó un gran papel, y Salomón transfirió á la casa de Sadok la prerrogativa de dar el sacerdote á la casa real, que antes correspondía á la familia de Elí. En tal alianza entre el sacerdocio y la monarquía, ésta fué ganando al principio. El rey sacrificaba donde y cuando quería, y los sacerdotes cumplían funciones secundarias, como cuidar de la capilla y del mobiliario sagrado, interrogar á la imagen con las ceremonias prescritas para que contestase, y hacer la oblación ó sacrificio en nombre del rey, cuando éste renunciaba á ello. Salomón, al construir el templo de Jerusalén, dió precisamente al sacerdocio lo que le faltaba, un punto de arraigo en el suelo, que permaneciera inmóvil cuando todo cambiase á su alrededor. Sadok, nombrado sumo sacerdote, eligió para que le ayudaran á otros sacerdotes secundarios, que se repartieron, según los grados de una sabia jerarquía, las mil funciones exigidas por la rutina diaria del culto. No formaban todavía